

## LA AVENIDA ALFONSO UGARTE EN EL RECUERDO

**Adolfo Córdova\***

Llegamos a Lima a comienzos de 1935, directamente a la Avenida Floral, cuarta cuadra, pero al poco tiempo nos trasladamos a la primera que nace en la avenida Alfonso Ugarte, justamente frente a la puerta principal del Sexto. No recuerdo quien me la mostró, subrayando con orgullo, que era «la única avenida de cuatro pistas, que había sido hecha por Leguía y que, como en Europa, tenía baños públicos».

Las cuatro pistas estaban separadas por tres bermas, de las cuales la central era la más importante, quizá de unos cinco o seis metros de ancho, mientras que las otras dos, sembradas totalmente de **grass** y con algunos árboles espaciados, no tendrían más de un metro o metro y medio. La berma mayor tenía en el medio un jardín de unos tres metros, flanqueado por veredas en cuyo límite interior unas bancas de mármol blanco, duro y frío, estaban dispuestas, de trecho en trecho, a uno y otro lado. El verdor de este jardín me ha dejado un recuerdo especial, cuando tres o cuatro años más tarde descubrí asombrado, con mis recientes anteojos de estreno, que su color no era uniforme, plano y apagado, como lo veían mis ojos de miope, sino que estaba formado por muchísimas pequeñas hojas verdes, verdes brillantes de variados tonos que, ahora sí, podía distinguir nítidamente, independientes unas de otras. Y qué claros me parecieron los letreros de los bazares Ichikawa y Yogui, y el de la botica Garrido entre ellos, tres locales que ocupaban la planta baja de la quinta situada entre las avenidas Floral y España.

La avenida Alfonso Ugarte (que no fue hecha por Leguía como decía mi informante sino remodelada) tenía en efecto baños públicos que, cuando la conocí, ya estaban clausurados. Ubicados en la berma central, ocupaban una edificación alargada que sobresalía del nivel de la vereda no más de metro y medio, pues los locales –eran dos, uno para hombres y otro para mujeres– estaban en semisótano, de modo que para acceder a ellos había que descender la escalinata correspondiente, una en cada extremo del bloque. El techo era también accesible desde los dos extremos, pues funcionaba como una glorieta rectangular enmarcada por una balaustrada. Esta edificación de color gris como las veredas, como las fachadas de dos pisos frente al Sexto

—que en cambio era de ladrillo visto—, estaba en el eje mismo de la avenida Floral y de la puerta de ese cuartel. Otra similar se ubicaba en las inmediaciones del hospital Arzobispo Loayza. No tengo claro cuándo desaparecieron estas instalaciones desperdiciadas por muchos años, debe haber sido en una de las varias ampliaciones que han sufrido las pistas para soportar el creciente tránsito. Nunca más las autoridades ediles se preocuparon por dotar a la ciudad de este tipo de servicios, aunque sí, como ahora el alcalde Castañeda, de perseguir a los meones callejeros.

El trazo de esta avenida, el del Paseo Colón y el de la avenida Grau corresponde al desarrollo de la antigua muralla de la capital, con algunas modificaciones, como el encuentro entre los dos primeros que no era un ángulo sino un suave cambio de dirección en curva. En el tramo de muralla que es hoy Alfonso Ugarte había tres portadas: la que daba salida al camino del Callao (cuya ubicación corresponde a la actual plaza 2 de Mayo); la portada de San Jacinto (que coincide con el cruce actual del jirón Quilca); y la puerta de Juan Simón (más o menos en la actual intersección con la Avenida Bolivia). En el Plano de Lima, rectificado por Manuel A. Fuentes en 1878, aparece ya el ferrocarril al Callao, cuya salida por la muralla corresponde aproximadamente a la portada de San Jacinto, hoy Quilca, como digo antes. Es en el plano de Lima de 1880, hecho por P. V. Jouanny, que no se muestra ya la muralla, salvo los baluartes del Cercado, existentes hasta hoy. Aparece, en cambio, la plaza 2 de Mayo («la columna del 2 de mayo»), la avenida de Circunvalación, primer nombre de Alfonso Ugarte, mostrando los cruces del ferrocarril al Callao (portada de San Jacinto) y del ferrocarril a la Magdalena (portada de Juan Simón). Figura también la prolongación hacia el norte, que después se llamó avenida Bolognesi, incluyendo el amplio espacio que es hoy la plaza Unión. Con semejante indicación a la de la avenida circunvalación, se muestra el tramo de lo que es ahora el Paseo Colón y la avenida Grau (entre las portadas de Guadalupe y de Cocharcas), pero no hay aún continuidad con nuestra avenida. Cosa que sucede poco después como indica el plano que, en 1896, elaboró el Cuerpo Técnico de Tasaciones y publicó en 1899. Allí la futura avenida Alfonso Ugarte y el futuro Paseo Colón tienen el nombre común de «avenida de Circunvalación» y se encuentran en ángulo recto. No existe aún la plaza Bolognesi, pero sí, en el vértice, el nacimiento de la «avenida de la Magdalena 5, que sería después la avenida Piérola y más tarde la avenida Brasil. Precisamente con ese segundo nombre aparece en el plano que en 1904 hiciera el ingeniero arquitecto Santiago M. Basurco. Este

documento es de gran importancia para el tema de esta nota. Con su actual nombre aparece por primera vez la avenida Alfonso Ugarte, con sus 1700 metros entre las plazas 2 de Mayo y Bolognesi, así como su prolongación de cerca de 500 metros hacia el norte, incluyendo la laza de la Unión. Se hace evidente, además, no sólo la importancia que empieza a tener la avenida, en cuyo frente el Colegio Guadalupe figura en construcción con el diseño del propio Basurco y con terreno asignado a la nueva cárcel –el después famoso Sexto-, sino que aparecen ya las primeras manzanas de la zona industrial, con la «avenida de la Unión» como eje, las edificaciones que rodean la plaza 2 de Mayo, el trazo en proyecto de la avenida Progreso y el de la llamada avenida de la Industria, la actual avenida Bolivia, unidas por una paralela a Alfonso Ugarte, conformando entre las tres el boceto inicial de la urbanización Chacra Colorada. Al sur de la avenida 9 de Diciembre, en la zona de la hacienda Santa Beatriz, figura el camino (futura avenida Salaverry) que, pasando junto al hipódromo se prolonga hasta la Escuela de Agricultura, en tanto que más al este el proyecto del barrio de La Victoria aparece más definido, hasta con la nomenclatura de las calles que se conserva actualmente, delimitado por el ferrocarril a Chorrillos y el río Huatica.

El desborde, más allá de las antiguas murallas, se ha iniciado y ya no se detendrá, como lo anuncia, o más bien lo provoca, el hecho de haberse suprimido el calificativo «circunvalación» a las avenidas, tipo alameda, que invitan al desarrollo de sus dos frentes y aspiran a convertirse en ejes de circulación. De hecho, por esta misma fecha puede verse en el plano de la Empresa Eléctrica de 1908, las líneas del servicio de tranvía eléctrico con que se dotó a la capital, una de las cuales recorre la avenida Alfonso Ugarte, circunda la plaza Bolognesi y toma la ruta de la Magdalena, mientras otra rodea parcialmente la plaza 2 de Mayo para dirigirse al Callao.

Pero si el desborde se inicia en la primera década del siglo XX, la expansión de la ciudad, más acusadamente hacia el sur que hacia el oeste, se da en los años siguientes. Para el centenario de la batalla de Ayacucho las dos plazas circulares, 2 de Mayo y Bolognesi, lucen ya totalmente circundadas de edificaciones con un afrancesado diseño que les confiere gran unidad. Entre ellas, en el lado este, la nueva cárcel con el muro perimetral listo está en construcción, el Colegio Guadalupe está concluido, más al norte el Estanco del Tabaco y la Empresa de Gas llenan las manzanas centrales, mientras en los extremos, junto a las plazas pequeños

lotes son dedicados a vivienda. En el otro frente, cerca de 2 de Mayo, un museo y la Estación de Tranvías son seguidos del nuevo hospital Arzobispo Loayza, cuyos pabellones principales se deben al arquitecto Rafael Marquina. Frente al Colegio Guadalupe, la quinta Boza reúne un grupo de casas alrededor de un parque interior. Y en la manzana lindante con la plaza Bolognesi, subdividida en tres por pasajes, edificaciones para casas habitación ocupan todos los lotes.

Pero en esta década el proceso se acelera como lo atestigua el plano del Cuerpo Técnico de Tasaciones de 1927. En el lado oeste de Alfonso Ugarte que acabamos de citar, dos urbanizaciones quedan planteadas: la urbanización «Garden City» limitada por el triángulo que forman dicha avenida con Arica y Bolivia, y la urbanización Chacra Colorada que se desarrolla entre ésta y Quilca (límite con el costado del hospital Loayza) y llega hasta el río Maranga.

De otro lado, un período de obras públicas, gracias al Fondo Pro-desocupados, permite una vigorosa actividad constructora del Estado que estimula también a la actividad privada. La avenida Alfonso Ugarte, en esta etapa que corresponde al gobierno de Leguía, adquiere efectivamente su trazo de cuatro pistas y sus dos núcleos de servicios higiénicos públicos que, desgraciadamente no supieron administrarse. Trazo que seguramente incita a su complementación edilicia con locales tanto institucionales como de vivienda.

Si después de este recorrido por el tiempo, volvemos a la avenida que conocí en los años de las olimpiadas de Berlín, de las coboyadas con Tom Mix y Gene Autry, el vaquero cantor, y de la trágica muerte de Gardel (sucesos que me llevaron a dibujar al carbón los retratos, malos pero sentidos, de Lolo Fernández, de algún **cow-boy** y del cantor de Buenos Aires), si regresamos a esa época, decía, puedo recordar, además de los edificios señalados antes, el Museo Nacional de la Cultura, de arquitectura tiahuanacoide, producto de un concurso ganado por el arquitecto Malakowski; el Instituto de Enfermedades Neoplásicas, situado frente al Arzobispo Loayza y diseñado, creo, por Héctor Velarde; el Colegio Nacional de mujeres Rosa de Santa María y, más cerca de Bolognesi, el cine Ritz, y al frente el único edificio alto, de ocho o diez pisos, diseñado por el arquitecto Paul Linder. Los demás edificios de vivienda de toda la avenida obedecían a un patrón que, con pocas excepciones, consideraba cada lote totalmente ocupado en dos niveles. Se accedía al segundo por escaleras de

mármol o madera, cuyas habitaciones eran iluminadas desde el corredor que dejaba un pozo de luz para la iluminación de las habitaciones del primer piso. En éste, dicho pozo ampliaba el área del corredor conformando una especie de patio. El pozo, común a ambos niveles, estaba protegido por una farola. La iluminación y ventilación, aceptable en el piso alto, era insuficiente en los bajos. Muchas de estas casas aún subsisten.

La propia plaza Bolognesi, con la estatua del héroe muriendo abrazado a la bandera después de haber disparado el último cartucho, rodeada de altas y hermosas palmeras, era un lugar de encuentro y esparcimiento. Allí se patinaba, se daba vueltas en bicicleta y se aprendía a fumar. Allí, por ejemplo, nos citamos los alumnos de cuarto de media un día de primavera en que acordamos hacernos la vaca todos. Nos costó la asistencia al colegio cuatro sábados. Hubo un tiempo, a comienzos de los años 40, en que después de la misa dominical en la vecina iglesia de Maria Auxiliadora o luego del concierto de la Sinfónica en el Campo de Marte, se puso de moda el paseo juvenil, con fines de enamoramiento, de chicas y chicos «clasemedieros» procedentes de diversos barrios y aún de los llamados balnearios del sur, en las dos primeras cuadras de Alfonso Ugarte, entre la plaza Bolognesi y la esquina de la Avenida Floral (que pasó a llamarse Portugal). Este ir y venir de sonrisas y miradas, entre siete y nueve o diez de la noche, duró unos tres o cuatro años. Poco a poco la costumbre emigró al Paseo Colón y de allí, tiempos después, se trasladó al parque Salazar, donde ya no fui por ser mayorcito y casado.

Un recuerdo traumático de ese tramo de Alfonso Ugarte fue el del asalto a los japoneses. Cuando Estados Unidos entró en guerra con el Japón, nuestro presidente Manuel Prado y Ugarteche, que no quiso ser menos, declaró la guerra al Eje y ordenó la prisión y expulsión de japoneses y alemanes. No sé si antes o después de esta orden, de pronto un día, en un par de horas o menos, una horda vociferante entró a los bazares de Yogui y de Ichikawa, y cometió un saqueo tan veloz y completo que no dejó sino destrozos, con el pavor del chino de la esquina de la Floral que cerró sus puertas, no lo fueran a confundir con japonés. Como es sabido, los nipones y alemanes apresados fueron enviados a los Estados Unidos donde, concentrados en campos especiales, vivieron hasta la finalización del conflicto, en que fueron canjeados.

Por este tiempo ya no existía la línea de tranvía a lo largo de toda la avenida, como aparece en los planos descritos. Sólo había una línea que llegaba del centro por la avenida España, recorría la primera cuadra de Alfonso Ugarte, daba la vuelta a la plaza Bolognesi y se volvía por donde había llegado. Pero de la plaza salían dos ramales, uno de ida y otro de vuelta, a la Magdalena. Así era posible viajar a la Magdalena, hasta San Miguel, o bien tomar el urbanito para ir al centro o para conectarse, usando el mismo boleto, con el tranvía a Chorrillos o con el de La Punta. Estas dos líneas eran de coches grandes, que en horas de punta iban acoplados de a dos. Las líneas de omnibuses que recorrían toda la avenida Alfonso Ugarte eran tres: Libertad-Cinco esquinas, Cocharcas-Jesús María y Breña-Limoncillo-Portada de Guía. Recuerdo que en el paradero de la avenida Bolivia, en la vereda del Sexto, una mañana de 1957 o quizá 58, coincidí con Javier Heraud. Mañana viajo, me dijo, aprovecho para despedirme. Nos estrechamos la mano antes de subir él a su bus. No lo vi más. Murió entre pájaros y aves, como premonitoriamente lo anunciara en su poema «El río».

Lima aceleró su crecimiento a partir de la década de los cuarenta. Los tranvías, medio de transporte eficiente, seguro y no contaminante, disminuyeron su servicio por la competencia del servicio de buses municipalizados subvencionados, y al promediar los años sesenta dejan de circular. Un poco antes, durante el gobierno del general Odría, la plaza Bolognesi sufre una transformación radical. Los militares, que no entendieron el mensaje que pretendió comunicar el escultor Querol con su héroe, muriendo sí, pero sin soltar ni la bandera ni su arma, obra que había ganado además un concurso, prefirieron cambiar un Bolognesi derrotado (dijeron) por un Bolognesi valeroso, que lo entendían en posición de ordenar manos arriba, cambio que corrió casi simultáneo con la eliminación de las palmeras «para que el (amenazante) héroe se vea mejor y para que el juramento anual de fidelidad a la bandera se luzca como es debido». En el otro extremo, la plaza 2 de Mayo inicia también su transformación en otro sentido. Los departamentos que diseñara Malakowski empiezan a cambiar de usuarios; unos se tukurizan y otros se dedican a oficinas, pero el hecho más significativo se da con el uso de un sector para la Central General de Trabajadores del Perú, CGTP, que convierte a la plaza en ágora de asambleas frecuentes y en punto de partida de manifestaciones y marchas, usos que persisten hasta hoy a pesar de los problemas del tránsito vehicular y de las dificultades de todo orden que generan para la ciudad.

Entre las dos plazas hay también cambios. El Colegio Rosa de Santa María se muda a un nuevo local en Breña y el que deja es tomado por el Partido del Pueblo, APRA, en tanto que en las vecindades de la plaza Bolognesi se instala la Democracia Cristiana, convertida más tarde en el Partido Popular Cristiano. La Quinta Boza, en cuyo jardín privado jugábamos fútbol hasta que nos botaban para seguir jugando en la entonces desierta avenida Floral, desapareció para dar lugar a locales comerciales y departamentos en varios pisos, y el cuartel Sexto que gana fama como tenebrosa prisión de políticos, cambia su fachada de ladrillo visto por un triste revestimiento de cemento.

La estructura misma de la avenida, su perfil transversal, sufre su transformación más radical durante el mandato del alcalde aprista Del Castillo, que siguió los planes del alcalde socialista Barrantes, su antecesor. Por necesidades del tránsito vehicular, la alameda de verdes bermas debe convertirse en un «corredor vehicular», que implica anchar pistas sacrificando jardines y árboles, y correr a todo lo largo barreras de mallas metálicas, parecidas a las de los campos de concentración, para evitar que los viandantes crucen las vías por cualquier lado. Y no es todo. Alfonso Ugarte como vía-corredor ha tenido, además, que hundirse en el terreno antes de llegar a 2 de Mayo para que los vehículos pasen por debajo del monumento, a fin de superar las congestiones que se producían en la plaza.

Alfonso Ugarte, la avenida-paseo de mis años maravillosos, de la época del bolero y luego del mambo, del tiempo de las seriales dominicales, contemporánea de los cortos de Chaplín y de las películas de charros mejicanos o de Libertad Lamarque, cómo se le extraña ahora que hay que recorrerla con los ojos irritados por el ambiente contaminado, con olor a gasolina y con los oídos martirizados por el claxon de los taxis y microbuses. Antaño límite externo de la ciudad, se halla ahora en su mero centro, convertida en tramo importante del eje que la comunica de sur a norte. Cómo se añoran sus apacibles áreas verdes, sus bancas de duro y frío mármol de Carrara y sus baños públicos, inútiles para lo que fueran construidos, pero hábiles para contemplar la perspectiva de árboles, desde su azotea con baranda de balaustres o para encaramarse en ella intentando volar cometa o descolgarse huyendo del compañero de juegos. El tiempo pasa y lo transforma todo. Queda el recuerdo que, además, la imaginación puede a veces mejorar. (A.C.V.)

**Nota.** La excelente obra **Planos de Lima** de Juan Gunther, editada durante el período del alcalde Eduardo Orrego, ha servido de guía para seguir los cambios de la avenida Alfonso Ugarte.

(\*) Arquitecto, ExDecano de la Facultad de Arquitectura de la UNI. Actualmente director de la revista Medio de Construcción.